

Julio César Jobet

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante el presente siglo (1924-1949) ⁽¹⁾

(Conclusión)

II

10. Durante esta época, señalada fundamentalmente por la penetración del imperialismo norteamericano, en vasta escala, permitió, por una parte, la formación de una burguesía financiera, administradora de sus intereses, y, por otra parte, la explotación intensiva de las materias primas y el desarrollo de un apreciable margen de industrialización del país, con lo que se fortalece extraordinariamente la clase obrera. Aparece como clase definida, separada de las otras, con intereses permanentes que le dan homogeneidad y que hace de ella una clase en sí. Luego, el choque de sus intereses de clase en sí contra los intereses de las otras clases sociales le forjan su conciencia de clase. Es decir, la conciencia de sus intereses específicos, de su rol social, de su papel histórico como clase nueva y vigorosa. Entonces se hizo una clase para sí, que sabía lo que era, a donde debía ir, no sólo económicamente, sino también en el terreno de la política.

(*) Véase los números 264, 265, 266 y 283-284 de esta revista, en los cuales se publican las partes precedentes de este ensayo.

El hecho demostrativo de lo expuesto fué el nacimiento del Partido Socialista Chileno, el 19 de abril de 1933, como resultado de los intereses de la clase trabajadora nacional y como heredero del programa esbozado por los revolucionarios de junio de 1932. La formación del Partido Socialista significaba la soldadura de la contradicción existente, en ese año, entre el incremento de la clase trabajadora y de su conciencia clasista y la profunda crisis de dirección y organización que sufría el movimiento obrero chileno.

El Partido Socialista reconoce los principios del socialismo científico como fundamento filosófico y político de su programa. Enfoca dialécticamente nuestra vida nacional y se remonta al análisis de la realidad continental, condenando los errores de los partidos adheridos a la II y III Internacionales. Constata que la realidad económica-social semi-feudal de Chile es diversa a la de los países industrializados y de ahí afirma la importancia de las clases medias, o pequeña burguesía, numerosa y empobrecida lo mismo que los obreros y campesinos. El P. S. se constituye en un movimiento revolucionario a base de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, proletariado y pequeña burguesía, hasta lograr la implantación de un gobierno de trabajadores organizados. Y, también destaca la necesidad de coordinar más allá de los límites nacionales su acción aunque repudia por igual a la II Internacional, por su posición reformista y conciliadora, y a la III Internacional, por su sectarismo intransigente y continuos virajes. A ambas por sus errores y por estar divorciadas de nuestra realidad. En cambio, propicia la unidad de todos los pueblos de América para llegar a la constitución de la Confederación de Repúblicas Socialistas del Continente. Así el P. S. levantó su internacionalismo enraizado en Latino-América con todas las perspectivas abiertas hacia los otros continentes. La unidad de Latino-América es el objetivo internacional inmediato del P. S., primer paso para obtener más tarde la unidad de los trabajadores del mundo. El

P. S. defiende el internacionalismo por constituir él el reflejo teórico y político del desarrollo de las fuerzas productivas y del impulso mundial de la lucha de clases (1).

El Partido Socialista emprendió una vasta tarea para unificar a la clase obrera y para orientar el movimiento sindical y fortalecer el avance democrático-popular. De ahí que propiciara la unidad de acción con los grupos políticos afines, a objeto de enfrentar a la poderosa reacción gobernante. Así surgió el Bloc de Izquierdas (formado por el Partido Socialista, el Partido Democrático, Partido Radical-Socialista e Izquierda Comunista) que llevó a cabo, en 1934-35, una labor decisiva en la paralización de la ofensiva reaccionaria y de la amenaza fascista, y en la ampliación del movimiento popular, fortaleciendo sus cuadros políticos y sindicales. Aunque breve su papel fué importante, porque en un momento de crisis política reagrupó a las fuerzas populares. El Bloc de Izquierdas también se opuso victoriosamente al nazismo, por cuanto pudo aglutinar, a las clases medias que el fascismo reclutaba de preferencia, aprovechando su impaciencia y desesperación encendidas por la ineficacia social-demócrata y los virajes desatentados del comunismo stalinista. Su acción detuvo en Chile la amenaza del fascismo y permitió la

(1) Para conocer en detalle los principios y programa del Partido Socialista se pueden consultar sus numerosas publicaciones, como ser: el semanario «Consigna», la revista mensual «Rumbo» (1939-40); entre los folletos más importantes: «Política Socialista», de Oscar Schnake, Santiago, 1937; «El Partido Socialista en la política nacional», de Luis Zúñiga, Santiago, 1938; «El Partido Socialista frente a la penetración imperialista», Santiago, 1939 y «Significado del P. S. en la realidad nacional», Santiago, 1940, ambos de Julio César Jobet; «La juventud socialista en el frente del pueblo», de Raúl Ampuero, Santiago 1940; «La Contradicción de Chile», de Salvador Allende, Santiago 1943. Entre los libros se destacan los dos de Humberto Mendoza: «¿Y Ahora?». El socialismo móvil de post-guerra, Santiago 1942. (Esta obra lleva un extenso prólogo nuestro acerca del «desarrollo de las clases sociales y de los partidos políticos chilenos»), y «Socialismo camino de la libertad», Santiago, 1945.

creación del más sólido punto de apoyo para el triunfo posterior del movimiento democrático chileno.

11. A fines de 1935 el Partido Comunista desató una fuerte ofensiva para constituir el Frente Popular, de acuerdo con las consignas del Komintern en su VII Congreso, de julio-agosto de 1935, que encontró eco en un poderoso sector del Partido Radical. La consigna del Frente Popular surgió internacionalmente como una alianza determinada por la coincidencia de las necesidades de la burocracia soviética con las de la burguesía francesa.

En el fondo brillaba la esperanza de un mejoramiento de la economía soviética en vista de la deficiencia del primer plan quinquenal y, por el otro lado, la de lograr una reestabilización del capitalismo mundial. Se le defiende como una necesidad para conseguir el mantenimiento de la democracia e impedir el triunfo del fascismo. El comunismo no hacía la menor mención a que tanto en la democracia burguesa y capitalista como en el régimen fascista, es la clase dueña de los medios de producción la que posee el Estado. En la primera, la explotación se apoya en las mismas clases expoliadas por intermedio de los órganos de la democracia; y en el segundo, la explotación se consolida con la destrucción de todos los órganos de la democracia proletaria (partidos, sindicatos, clubes, locales, etc.). Es cierto que esta diferencia importa mucho para impedir la transformación de una en otro y para aprovechar la democracia burguesa como base de apoyo en favor del mantenimiento y ampliación de la democracia proletaria hasta crear las bases de un régimen socialista. En estas consideraciones se fundamentaba la defensa y necesidad transitoria del Frente Popular. Sin embargo, en la práctica esta combinación permitió mundialmente la consolidación del fascismo en Alemania e Italia, su triunfo en España por el Comité de No-intervención, ideado por el Frente Popular francés y, luego, la derrota de Francia. Finalmente, la propia URSS. lo

liquidó por el Pacto de No-Agresión y ayuda mutua que firmara con la Alemania nazi (Molotov-von Ribentrop) que fué el viraje de la burocracia soviética para impulsar la guerra entre el fascismo y las democracias, en la esperanza de su debilitamiento hasta permitir la hegemonía stalinista. Indirectamente, después de haber estado a punto de sucumbir en los años de 1941-43 a manos de su aliada, ha logrado obtener, en parte considerable, sus finalidades al destruir el fascismo alemán reemplazándolo en su espíritu expansionista, frente a los Estados Unidos, que ha surgido más poderoso y temible que nunca.

El Frente Popular pasó a constituir una alianza de fuerzas obreras y democrático-burguesas con un programa que, contemplando los intereses de clases antagónicas, tendía a eliminar las asperezas de sus posiciones opuestas. Lo más destacado de él eran los puntos dedicados a la defensa de las libertades democráticas y a algunas reformas económico-sociales, en vista de las aflictivas condiciones de vida de las grandes masas laboriosas.

Desde 1936, organizado el Frente Popular, la lucha política en el país adquiere caracteres dramáticos. La reacción fuertemente cohesionada en el Gobierno y en torno a Alessandri-Ross, lleva a efecto una constante ofensiva en contra de las fuerzas populares. Estas responden, con la constitución, al cabo de variadas peripecias, de la Confederación de Trabajadores de Chile (C. T. CH.), que unificó sindicalmente a la clase obrera, con excepción de cierto núcleo de orientación anarquista, organizado en la C. G. T. (Confederación General del Trabajo). En las elecciones parlamentarias de marzo de 1937 obtuvo un débil triunfo la combinación de gobierno; pero la gran sorpresa política la dió el Partido Socialista que hizo triunfar 20 diputados y senadores en las listas del Frente Popular, con más o menos 45,000 votos.

Hasta mediados de este año de 1937 el Frente Popular disfrutó de cierta unidad política si bien careció de cohesión orgánica.

nica subsistiendo como anhelo más bien que como realidad y, sobre todo, porque a raíz de la derrota en las elecciones desarrolló acciones comunes en contra del Gobierno, atacando violentamente los procedimientos que empleara para conseguir su triunfo. El pueblo apreció claramente que su derrota lo había sido por el cohecho e intervención, de donde aumentó su energía combativa, recobró su esperanza en el poderío de las fuerzas democráticas y llevó a cabo luchas definidas.

12. En estas condiciones se llega al año 1938, señalado por una lucha presidencial de caracteres apasionantes. La reacción se agrupó en torno a su personero más genuino, don Gustavo Ross Santa María. En el sector de Izquierda, el movimiento socialista defiende y agita la candidatura de Grove mientras los radicales exaltan a don Pedro Aguirre Cerda, los comunistas permanecen sin definirse por un candidato determinado lo que aprovechan los nacistas y grupos dispersos, algunos de ellos en los propios partidos del Frente Popular, para levantar la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo.

En estas circunstancias se realizó la Convención de Izquierdas, en abril de 1938, para designar el candidato único que debería enfrentar a Ross. Después de varias votaciones, el socialismo retiró su personero para apoyar a don Pedro Aguirre Cerda, abanderado del Partido Radical. Es así como este fogueado político, pasó a ser el candidato único de las izquierdas.

La inmensa agitación en favor de la campaña presidencial de Aguirre Cerda con una consigna clara y definida: «Todo Chile con Aguirre», la que le dió el triunfo sobre Ross. Fué una victoria estrecha en cuanto al número de votos de mayoría, pero rotunda y decisiva dadas las circunstancias desfavorables en que libró la contienda. La campaña presidencial de 1938 estuvo rubricada por un terrible hecho de sangre: la masacre de 63 jóvenes fascistas, después de un fracasado putsch, el 5 de septiembre de 1938. Cayeron víctimas de los propios métodos que predicaban y que

habían practicado contra la clase obrera, aunque el gobierno empleó una crueldad despiadada. A consecuencia de la masacre mencionada las fuerzas ibañistas se plegaron a la candidatura democrática de Aguirre Cerda influyendo en su triunfo.

Después de esta victoria del 25 de octubre de 1938, sin duda fecha memorable en la historia de las luchas del movimiento democrático y popular de Chile, sube a la Presidencia de la República don Pedro Aguirre Cerda, triunfando la plataforma programática y política de las fuerzas populares que proclamaba la necesidad urgente de proceder al reestructuramiento económico y social del país, como único medio de solucionar los graves problemas nacionales.

Es interesante hacer el estudio somero, por medio de algunas estadísticas fundamentales, del estado general del país a fines de ese año.

13. Según las estadísticas corrientes la distribución de la tierra se estima en la siguiente forma: existen 87,790 propiedades menores de 5 hectáreas, con un total de 139,445 has., lo que da un término medio de $1\frac{1}{2}$ ha. por persona; 41,437 propiedades de 5 a 20 has., con un total de 469,339 has., lo que da un término medio de poco más de 11 has. para cada propietario. 21,341 propiedades de 20 a 50 has., con un total de 691,581 has., o sea, un término medio de 32 has. por persona; 6,000 propiedades con predios de 100 a 200 has., 5,323 propietarios con predios de 200 a 500 has., 3,560 propietarios con predios de 500 a 2,000 has., con un total de $2\frac{1}{2}$ millones de has. Frente a ellos existen 626 grandes latifundistas, cuyos predios tienen más de 5,000 has., con un total de $14\frac{1}{2}$ millones de has., lo que da un término medio de 23,000 has. para cada terrateniente. Estos 626 grandes terratenientes tienen más tierras que los 180,000 propietarios, incluidos los que poseen hasta 5,000 has.

La población campesina chilena comprende, en cifras redondas, 150,000 pequeños propietarios con menos de 30 has. y

a su lado, más de 300,000 trabajadores del campo, que viven dependientes de los 626 grandes latifundistas. Estos inquilinos y peones viven en ranchos miserables, con piso de tierra, muros de adobes o tablas, sin luz ni aire: húmedos en los meses de invierno, insoportables de calor en verano; su vestuario es raído e insuficiente; carecen de calzado y cuando más usan ojotas o envolturas de gangochos viejos; su alimentación es deficiente y su trabajo excesivo, lo que se traduce en su debilitamiento físico y en el menoscabo de su salud. Sus jornales fluctúan de sesenta centavos diarios a dos pesos cincuenta, según las regiones, más para los inquilinos el goce de una cuadra de siembra que representa entre \$ 200 a 500 anuales, según las zonas; como alimentación reciben una galleta diaria y un plato de porotos, todo lo cual puede evaluarse en \$ 1 por día. Puede agregarse a esto el talaje para algunos animales y un pequeño cerco. Con todo, jornales y regalías, el salario medio del trabajador agrícola, sea inquilino o peón, no alcanza a \$ 4.50 diarios. Si a todo lo anterior agregamos las dificultades de aprovisionamiento y las circunstancias de ser las familias campesinas muy numerosas, nos encontramos que el término medio disponible para la vida de cada persona dependiente del trabajo del campesino alcanza, en esta época, a \$ 1 diario. Y en cuanto a su jornada de labor, varía de 10 a 12 horas. En una encuesta hecha en 1935-36 por la Inspección General del Trabajo en todo el país, y que comprendió a más de 12,000 familias campesinas, se revelaron casos angustiosos. Así el 99% de los inquilinos y peones comían carne solamente una vez al mes; el 97% no bebía leche; el 76% vivía en el rancho inmundo que ya hemos descrito. Por otra parte, en los grandes fundos costinos y andinos no existen escuelas, por lo que el porcentaje de analfabetos es extraordinariamente elevado. Consecuencias de todo lo expuesto son la desnutrición, la miseria y la ignorancia de las grandes masas campesinas, prácticamente al margen de las más elementales conquistas de la civilización.

El latifundio significa, por otra parte, que imperan métodos primitivos en el cultivo de la tierra, anarquía en la producción por la ausencia de control (siembran lo que se les ocurre y como se les ocurre); falta de industrialización en la explotación; pobreza de los suelos (carencia de cal) debido al abusivo y atrasado sistema de trabajo y falta de abonos (a pesar de tener el monopolio del fertilizante natural), lo que determina un bajo rendimiento y una mala calidad de los productos. Además, faltan las obras de regadío indispensables; el crédito es escaso y caro (las diversas instituciones relacionadas con la agricultura: Caja de Crédito Hipotecario, Caja de Crédito Agrario, Caja de Colonización) han servido y sirven esencialmente los intereses de la clase poseedora; los pequeños y medianos propietarios venden su producción antes de la cosecha (en verde) a intermediarios (molinos y bodegueros) o a las grandes casas importadoras y exportadoras extranjeras, que obtienen enormes ganancias sin trabajar ni arriesgar nada, a costa de las miserias y sufrimientos de los pequeños agricultores. La falta de racionalización origina a menudo la pérdida de cosechas de determinados productos por falta de mercado comprador.

El atraso, la rutina, el cultivo extensivo, la escasa producción y la explotación humana son los resultados del latifundio. En Chile para producir una hectárea de trigo se necesita el esfuerzo de 130 horas de trabajo por hombre mientras que en los Estados Unidos se requieren solamente 30 horas. El latifundio, al explotar a grandes masas humanas, se traduce políticamente en la disposición de un ganado electoral al servicio de los intereses de los señores feudales, lo que impone en la realidad una falsa e irritante «democracia».

Basado en el poder económico y político de la gran propiedad es que los grandes propietarios han orientado la vida económica, política y cultural del país, desde la Independencia hasta nuestros días, a través del gobierno, los bancos, la desvalorización sistemática de la moneda en su provecho, y sus leyes.

Su dominio ha negado sistemáticamente a la masa laboriosa de la nación el acceso justo a que tienen derecho al bienestar material y a la cultura. (1).

14. Según un estudio que hiciera Carlos Keller, en 1939, sobre el monto total de las inversiones extranjeras en nuestro país, ellas alcanzaban a la suma de 1.111,2 millones de dólares, que se descomponían de la siguiente manera (2).

Deuda Pública.....	434.8 mill. de dólares
Minería	402.0 » »
Industrias manufactureras	17.7 » »
Electricidad y tranvías ..	55.7 » »
Bancos y Seguros.....	13.0 » »
Comercio	37.0 » »
Comunicaciones.....	151.0 » »

La cifra de la minería se descomponía en la siguiente forma: salitre, 218,9 mill. de dólares; cobre, 175,3; hierro, 4,3; bórax,

(1) El problema está tratado en varias de las obras, que hemos citado en el curso de este trabajo. Correa Vergara, Mac-Bride, Valdés Cange, Nicolás Palacios y otros. También ha escrito un buen estudio sobre nuestro problema agrario don Moisés Poblete Troncoso, aparecido en 1918; además es autor del libro: «Los problemas sociales y económicos de América Latina», valioso por las numerosas estadísticas que colecciona sobre la repartición de la propiedad de la tierra y las inversiones de capitales extranjeros en los diversos países hispanoamericanos. Es muy importante el trabajo de Adolfo Matthei: «Política Agraria Chilena», 1935. Igualmente se pueden consultar con provecho, las obras del ingeniero agrónomo don Leoncio Chaparro Ruminot y de don Pedro Aguirre Cerda y los capítulos sobre la agricultura que le dedica don Santiago Macchiavello Varas en su obra sobre «Política Económica Nacional».

(2) Carlos Keller es autor de dos obras sobre los problemas de Chile: «La eterna crisis chilena» y «Un país al garete», interesantes de leer por las diversas observaciones y puntos de vista que presenta.

3,0 y comercio de minerales, 0,5; la de comunicaciones se descomponía en: ferrocarriles, 121,6; telégrafos, 3,1 y teléfonos, 26,3. En lo que respecta a bancos eran 8,3 mill. y a seguros 4,7 mill. de dólares.

A estos datos pueden hacérseles algunos reparos. La cifra de la deuda pública externa tomada del estado del 31 de diciembre de 1937 aparece más abultada de lo que era en verdad. Los datos más exactos fueron dados en la Cámara de Diputados al analizarse el Presupuesto Nacional aprobado por la Derecha para 1939, según los cuales, el 31 de diciembre de 1938 la Deuda Externa alcanzaba las siguientes cantidades:

A largo plazo 350.000,000 dólares, o sea, 2.887.500,000 \$ de 6 d.

A corto plazo 44.500,000 dólares, o sea, 367.125,000 \$ de 6 d.

Total Deuda Externa: 394.500,000 Dl. o sea, 3.254.625,000 pesos de 6 d.

En moneda corriente de la época representaba casi 10.000.000,000 de pesos. En la actualidad, según el Mensaje Presidencial de 1948, la Deuda Externa está reducida a 250 millones de dólares. En 1937 se destinaron para el servicio de la Deuda Externa las siguientes sumas:

De la deuda a largo plazo 6.106,763 de dólares

De la deuda a corto plazo 1.515,910 de dólares

es decir, un total de 7.622,673 de dólares, representando en moneda corriente más o menos 190,000,000 de pesos. De la suma indicada se destinaron 3.500,000 dólares al pago de intereses y 4.100,000 dólares para amortizaciones.

Por otro lado, en el cuadro reproducido sobre las inversiones imperialistas, aparecen disminuídas las de las industrias del cobre, hierro y electricidad. El escritor norteamericano Archibald Mac-Leish stampa en su monografía sobre Chile, publicado en la revista Fortune (y traducida y reproducida por la revista «Hoy») algunas cifras sobre las inversiones de capital extranjero en el país, dignas de ser consideradas, porque ellas completan el

estudio ya indicado. Expresa que las inversiones de ese tipo en el país no llegan a 1.500 millones de dólares. En 1937 las inversiones yanquis alcanzaban un valor nominal de 800 millones de dólares y real de 500 millones. Las inglesas se redujeron de 500 a 300 millones, distribuídas así: 140 millones en la deuda pública; 100 millones en el salitre y el resto en el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y en las diversas casas comerciales (Williamson Balfour y Cía.; Duncan Fox y Cía.) Mac-Leish detalla que la Anaconda Copper Mining Co. (a través de su filial Chile Exploration Co.) tiene 220 millones de dólares invertidos en Chuquicamata, el mineral de cobre más grande del mundo, que contiene el 25% de las reservas mundiales de ese mineral. La Braden Copper tiene 60 millones de dólares invertidos en los minerales de cobre de El Teniente, que poseen el 10% de las reservas mundiales. La Bethlehem Steel Co. tiene 40 millones de dólares invertidos en el mineral de hierro de El Tofo y 30 millones de dólares en 5 barcos que transportan el mineral. a EE. UU. La Compañía Internacional de Teléfonos y Telégrafos tiene invertidos 12.500.000 dólares más 2.500.000 en la All America Cables. La Compañía de Electricidad y Tracción tiene 80 millones de dólares invertidos en la energía eléctrica para la luz y tracción (este consorcio posee varias empresas subsidiarias: la Compañía de Tracción de Santiago; la Cía. de Valparaíso; la Cía. Hidroeléctrica de El Volcán; la Cía. Hidroeléctrica de Florida; la Empresa Eléctrica de Los Andes y la Empresa Eléctrica de San Antonio). La Casa Grace tiene 10 millones de dólares en diversas empresas comerciales.

Los datos reproducidos nos indican que el inversionismo extranjero ha llegado a Chile como una forma de expansión del capitalismo anglonorteamericano explotando en vasta escala a sus clases trabajadoras y subyugando y empobreciendo al país en su totalidad. Chile es una factoría económica de los grandes consorcios extranjeros. Es verdad que su penetración ha sido sin violencia; han sido la diplomacia, la compra a bajo

precio, la contratación de empréstitos, la concesión a largo plazo y el monopolio, los que han entregado las riquezas nacionales. La diplomacia ha actuado acá así como la violencia y la intervención armada en México, Nicaragua, Cuba, Puerto Rico, Panamá.

El gran capital dueño de nuestras materias primas y medios de comunicaciones ha llegado a tener un absoluto control económico sobre la nación, determinando, en su mayor parte, la política interna. Es así como el imperialismo siendo un fenómeno de carácter económico (explotación y despojo de las riquezas y rentas nacionales) tiene, también, consecuencias políticas (menoscabo de la soberanía e independencia políticas) y morales (corrupción de la clase gobernante que le sirve entregándole el patrimonio nacional e intensificando la explotación de sus clases laboriosas).

Su explotación consiste en llevarse las utilidades chilenas, las rentas de Chile, el trabajo de los chilenos, al extranjero. Esto es lo que impide que el país se capitalice y que pueda contar con los fondos suficientes para crear industrias y perfeccionar las escasas que existen; desarrollar y estimular la agricultura; dar, en general, un fuerte impulso a la economía nacional. Cada año nos empobrecemos más, porque cada año son mayores las utilidades y rentas del trabajo de los chilenos que salen en forma de exportación para servir de utilidades al capitalismo extranjero, que paga sus intereses y utilidades fuera de Chile, esto es, su servicio figura en el debe de nuestra balanza de pagos. Este fenómeno nos permite comprender que a pesar de que nuestras exportaciones son mayores que las importaciones, lo que hace decir a muchos que la balanza internacional es favorable a Chile, eso significa únicamente que ese exceso de exportaciones pertenece al imperialismo y, por lo tanto, no significa bienestar para el país, sino que, por el contrario, se traduce en su empobrecimiento sistemático y en su ruina. Los consorcios trasladan nuestros productos minerales exportando su renta,

que es el precio de la producción nacional, al extranjero, donde quedan su valor y utilidades; aquí dejan apenas los bajos salarios de nuestros obreros, el valor de algunas adquisiciones que realizan, impuestos y derechos que imponen las necesidades de explotación y las leyes. Y ello se debe a que «desgraciadamente, ni el metal de nuestras montañas, ni el salitre de nuestro desierto, ni la energía de nuestros ríos nos pertenecen, todo, absolutamente todo, está en poder del capital extranjero no domiciliado en Chile». (Palabras del diputado conservador Enrique Alcalde Cru-chaga).

Debido a la anterior circunstancia Chile trabaja y produce no para sí, sino que para el extranjero. Produce en calidad de colonia. Los consorcios extranjeros que nos explotan nos hacen pagar a todos los consumidores chilenos las utilidades que llevan a sus capitalistas. Esta explotación de las riquezas nacionales en la forma indicada explica el empobrecimiento del país, puesto que impide la capitalización y disminuye la productividad del trabajo de los nacionales.

La gravedad de este fenómeno ya fué considerado certeramente por Francisco Antonio Encina, en su obra citada, expresando, entre otros conceptos, lo siguiente: «La intensidad del contacto con economías considerablemente más avanzadas, benéfico en otra época desde el punto de vista del desarrollo de la riqueza, constituye en la hora actual su más serio estorbo. Colocados por la naturaleza en la necesidad ineludible de ser pueblo manufacturero y comerciante, la realización de nuestros destinos, tropieza con los hábitos de consumos improductivos, con el debilitamiento de las fuerzas morales y con la competencia dentro de la propia casa, originada por él. No es, pues, una paradoja, como a primera vista parece, contarle entre los factores de nuestra inferioridad».

Si el gran capital ha creado las industrias extractivas, sin embargo, no permite un desarrollo industrial del país, puesto que nos considera y mantiene siempre como mercado de mate-

rias primas y en tal caso las industrias están en el país de origen de donde luego parten los productos manufacturados a nuestro país que es a la vez mercado de venta (por ejemplo, el valor recibido por Chile por tonelada de fierro exportado, entre los años 1937 a 1941, fué de \$ 8.50 de 6 d. y en el mismo período a Chile le costó la tonelada de mercaderías importada correspondientes a manufacturas derivadas del fierro, \$ 1.333 de 6 d.). En tal forma impide toda posibilidad de verdadero desarrollo industrial, puesto que desenvuelve sólo las fuerzas productivas que le convienen y no todas las fuerzas productivas. Empobrece al país e impide que se formen grandes capitales a causa de la exportación de las utilidades del trabajo de los nacionales, con lo que no se puede desarrollar económicamente al país en la escala que necesita. Aún más, se puede afirmar que es condición previa, para su desarrollo industrial verdadero y armónico, la eliminación de esta explotación. Hasta ahora ello ha sido el obstáculo para el incremento económico del país y para el bienestar de sus grandes masas productoras. Su única concurrencia positiva es la formación de un proletariado vigoroso, originado al industrializar las faenas de extracción de las materias primas, fuerza social en que reside uno de los más sólidos apoyos para emancipar económicamente a nuestra sociedad y obtener nuestra liberación nacional.

15. Las industrias nacionales se desenvuelven en forma de irritantes monopolios que se enriquecen a costa del pueblo. El crédito ha estado monopolizado por el capital extranjero y los industriales del país. Los Bancos nacionales han mirado solamente los intereses de la clase pudiente. El Banco Central y el Banco de Chile han tenido un control estricto sobre el crédito nacional. Han estimulado y levantado negocios perjudiciales para el Estado; han perseguido ganancias para sus accionistas y no el interés de la industria, agricultura y comercio; El Banco de Chile, con su Departamento de Comisiones de Confianza, utilizando los depó-

sitos de ahorro que recibe, por los cuales paga el $2\frac{1}{2}\%$, y con los préstamos que hace, por los cuales cobra el 11% , ejerce una poderosa influencia en la industria, controlando diversas empresas, tales como: Fábrica Textil Yarur, Compañía Azucarera, Compañía Sudamericana de Vapores, Saavedra Bénard, Sociedad de Comercio Exterior, Mademsa, Industria Hotelera, terrenos para barrios residenciales, edificios de renta, etc. Los Bancos Particulares, así como las Compañías de Seguros, obtienen ganancias elevadísimas. Las instituciones fiscales y semi-fiscales de crédito (Banco Central, Institutos de Fomento Minero de Tarapacá y Antofagasta, Cajas de Crédito Agrario, Minero, Hipotecario, Popular e Instituto de Crédito Industrial) han favorecido siempre el beneficio de los particulares y de las grandes empresas y sociedades anónimas en perjuicio de la economía colectiva.

Numerosos otros monopolios han acaparado diversos medios de producción y productos fundamentales: la Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager y la Compañía Carbonífera Industrial de Lota, tienen el monopolio del carbón; las Compañías de Gas de Santiago y Valparaíso el del coke y gas de alumbrado; las sociedades, Explotadora de Tierra del Fuego y Ganadera Gente Grande el del ganado lanar y carnes (en realidad las riquezas de Magallanes están controladas por empresas nacionales y extranjeras extraordinariamente poderosas. Por ejemplo, las empresas de John Dick dominan el giro de los negocios, porque es dueño de grandes estancias, administra otras y representa a varias firmas, la Sociedad Anónima Agrícola y Ganadera José Montes, con un capital de un millón de libras esterlinas, según su balance de 1943, tiene grandes establecimientos industriales y comerciales; es accionista de empresas bancarias e industriales y tiene poderosos intereses en Argentina; Mauricio Braun, fundador de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, del frigorífico de Río Seco, del Banco de Punta a Arenas, de la firma naviera Braun y Blanchard; controla numerosas estancias, industrias y negocios; la Sociedad

Anónima y Comercial Menéndez Behety dispone de grandes estancias en el país y en Argentina, y tiene fuerte participación en la Sociedad Explotadora Tierra del Fuego, y controla minas, industrias y establecimientos comerciales). La Fábrica de Cemento El Melón, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, la Compañía de Cervecerías Unidas, la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar, la Compañía Chilena de Fósforos, la Compañía Chilena de Tabacos, poseen el monopolio de los elementos que indica su razón comercial. Existen numerosos otros monopolios, como del alcohol, velas, clavos, arroz, aceite de pepitas, etc. En atención a tal hecho imponen los precios que desean, provocan escasez artificial especulando en una forma verdaderamente indigna, en la más absoluta impunidad, porque los gobiernos se preocupan de reglamentar el mediano y pequeño comercio, en vez de herir los privilegios de estos monopolios. No es raro, entonces, que obtengan utilidades del 30%, 40% y hasta del 60%, mientras la vida encarece y el pueblo consumidor se agota en la desesperación.

Si a lo anterior se suma la constante y sistemática desvalorización de la moneda, tenemos un cuadro completo de la pavorosa realidad económica nacional en este período.

16. El dominio del latifundio, de los consorcios extranjeros y de los monopolios industriales, más la desvalorización de la moneda, han provocado una explotación terrible de las masas trabajadoras y consumidoras. Sus consecuencias inmediatas son: existencia de bajos salarios (la mayoría de los obreros campesinos ganan salarios por debajo de la cifra vital y carestía creciente de la vida (desde 1928 a 1938 la vida encareció en el doble, proporción que se ha acrecentado, en tal forma, que diversos medios de subsistencias esenciales no están al alcance de los salarios de los trabajadores).

En estas condiciones la población chilena está desnutrida, debido al no consumo de alimentos protectores en la cantidad

requerida por el organismo, especialmente de leche y sus derivados, carne y huevos; lo que se manifiesta en el poco desarrollo actual de la raza y en el escaso rendimiento de los obreros (se comprueba esta afirmación en el examen de los escolares y en el de los llamados al servicio militar). El vestuario de los trabajadores es deficiente, la mayor parte viste harapos. Carece de viviendas sanas y confortables (un millón y medio de personas viven en habitaciones insalubres), en tal forma que la mayor parte de la población vive hacinada en «conventillos» y los campesinos en «ranchos» inmundos (por término medio viven 7,5 personas por habitación y duermen 3,2 por cama). Para solucionar el problema de la vivienda sería menester construir alrededor de 500,000 casas.

La tremenda situación descrita explica que Chile tenga la más alta mortalidad infantil del mundo: en 1934 fué de 262 por cada mil nacidos vivos; en 1935 fué de 251; en 1936 de 252. En la misma forma se explica que tenga una de las más altas mortalidades por tuberculosis: en 1934 fué de 25,3 por cada 10,000 habitantes; en 1935 de 25,1; en 1936 de 25,0. En 1936 murieron 11,811 tuberculosos y en 1937 fallecieron 12,155. El término medio de vida en nuestro país alcanza a la baja cifra de 23 años y el aprovechamiento de nuestra elevada natalidad apenas llega al 27%. Por otra parte, existen en el país 40,000 niños ilegítimos, 20,000 niños abandonados y 400,000 niños que no concurren a la escuela (1).

Del mismo modo, la educación ha estado entregada a manos de la reacción o de una burocracia inerte y fosilizada y no ha estado informada por un verdadero sentido democrático y económico. Los profesores han sido siempre perseguidos, porque han profesado ideas renovadoras y han sido mantenidos en duras condi-

(1) Para conocer en detalle la penosa situación de Chile en estos aspectos debe consultarse el completo libro del doctor Salvador Allende, actual senador, «La realidad médico-social de Chile». Santiago, 1939.

ciones de vida a causa de los sueldos exigüos que perciben. Ha imperado el desprecio propio de la mentalidad colonial por la enseñanza, en general, y por la educación técnica en especial. En un país minero como el nuestro la Universidad otorgó, desde 1898 a 1918, 1.700 títulos de abogados y solamente 22 de ingenieros de minas. La población analfabeta alcanza al 28% y sólo el 5% de los niños que concurren a la escuela primaria llegan a cursar el 5.º año de dicha enseñanza. Este es el estado de atraso y miseria en que yace el país por el efecto de la dominación clasista que ha predominado a lo largo de su desarrollo histórico y es tan evidente que uno de los documentos más lapidarios, en este sentido, es el Informe de los técnicos Dragoni y Burnett, miembros de la Oficina Internacional del Trabajo, al exhibir las pésimas condiciones de vida de las masas laboriosas chilenas. Según este Informe, 'Chile es uno de los países más pobres y atrasados de la tierra en el plano económico-social.

Este atraso económico-social ha determinado una gran decadencia moral. A causa de la permanente miseria la moralidad nacional ha descendido en forma alarmante, de tal suerte que la austeridad, el profundo sentido de responsabilidad y la sobriedad que durante el siglo XIX constituyeron los puntos de apoyo básicos para el desenvolvimiento del país, se han desmoronado para dar paso a un desenfrenado ambiente de corrupción, mediocridad, compadrazgo, oportunismo y decadencia. La clase dominante que en el pasado poseyó tales valores, a pesar de su egoísmo, ahora los ha perdido.

En este balance tétrico de nuestro país, situándonos en el año 1938-1939, tal vez el hecho más alarmante, que indica un descenso de nuestra colectividad, es la constante decadencia de la moralidad nacional. Durante el siglo pasado Chile se organizó institucionalmente sobre bases jurídicas firmes. Es verdad que consagraban la dominación y privilegios de una pequeña oligarquía sobre las grandes muchedumbres productoras, pero no es menos cierto que la nación, en su conjunto, se hizo notar por su

energía pujante y laboriosa al explotar minas de plata y cobre, al impulsar una agricultura poderosa y, más allá de su fronteras, al dar vida y actividad a innumerables faenas salitreras; por la seriedad temprana de sus organismos político-jurídicos; por sus empresas guerreras y por la práctica general y respeto severo de los valores éticos.

Los escritores extranjeros que se han preocupado de estudiar a nuestro país en su evolución han expresado juicios destacando lo que hemos afirmado. El peruano Francisco García Calderón, el brasileño Joaquín Nabuco, el mexicano Carlos Pereira, el español Gonzalo de Reparaz, los franceses Eliseo y Onésimo Reclus, por nombrar algunos, han abundado en conceptos llenos de admiración sobre el desarrollo económico y político de Chile durante el siglo XIX, que pueden resumirse en la frase de los Reclus cuando expresaban que Chile «en realidad es un pueblo rico y de gran porvenir». Sin embargo, durante la época de la república parlamentaria comienzan a manifestarse síntomas de desmoralización que con el tiempo se tornarán en trágica realidad. Pareciera que la conquista del salitre significó un factor corruptor, que adormece la voluntad chilena y reblandece su nacionalismo creador. Por una parte, porción pequeñísima de la sociedad se enriqueció en forma desmesurada, mientras la inmensa mayoría quedó en la pobreza. Este contraste creó un antagonismo de clases que ayudó a disgregar la conciencia nacional existente. Además, este hecho se tradujo en la liberalidad asombrosa con que se entregan las riquezas mineras al capital extranjero desnacionalizándose la economía.

En la dirección política predominan los hombres indolentes, incapaces de emprender cosas grandes y renovadoras. Son los estadistas que defienden el principio de que «las cosas no tienen arreglo o se solucionan solas». De aquí que no se haya intentado nunca gobernar de acuerdo con una política económica definida tendiente a desarrollar las fuerzas productivas del país, a industrializarlo y hacerlo poderoso y próspero. Esto unido a la errada

orientación de la enseñanza y al desprecio feudal por el profesor, mal rentado y subestimado en su rol social de forjador de las nuevas generaciones y, por ende, del porvenir de la patria, determinan la decadencia del país y la pérdida de nuestros anteriores valores. Y no es que no haya habido hombres que señalaran esta realidad y que, a su vez, propusieran ideas atinadas para modificarla en beneficio del porvenir de Chile. Balmaceda, N. Palacios, Recabarren, Valdés Cange y otros, así lo demuestran. En el discurso de don José Manuel Balmaceda en el seno de la Convención Liberal, el 17 de enero de 1886, al ser proclamado candidato a la presidencia de la República, decía: «El cuadro económico de los últimos años prueba que dentro del justo equilibrio de los gastos y las rentas, se puede y se debe emprender obras nacionales reproductivas que alienten muy especialmente la hacienda pública y la industria nacional... Y pues que hablo de industria nacional, debo declarar que ella es débil e incierta por la desconfianza del capital y por nuestra común resistencia a sus corrientes benéficas... Si a ejemplo de Wáshington y de la gran República del Norte, preferimos consumir la producción nacional, aunque no sea tan perfecta y acabada como la producción extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante construyen útiles o sus máquinas de posible construcción chilena en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de la materia prima, la elaboramos y transformamos en substancias u objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia y aplicación de la clase obrera; si el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas, si hacemos concurrir al Estado con su capital y sus leyes económicas, y concurrimos todos individual o colectivamente a producir más y mejor y a consumir lo que producimos, una savia más fecunda circulará por el organismo indus-

trial de la República y un mayor grado de riqueza nos dará este bien supremo de pueblo trabajador y honrado; vivir y vestirnos por nosotros mismos». Podemos ver cómo Balmaceda, en aquellos lejanos años, propiciaba ya la intervención del Estado en la economía para lograr la industrialización y la producción diversificada con el propósito de transformar la estructura económica nacional, aumentar la producción, y mejorar las condiciones de vida de la población. De ninguna manera pensaba que pudiera el país subordinarse al predominio de la industria extractiva, basada en el salitre, sino que deseaba que ésta fuera el punto de partida del desenvolvimiento industrial propio de Chile. Y su gobierno, precisamente, como hemos visto, tuvo por objeto llevar a efecto estas ideas orientadoras de su programa de estadista. Ya vimos cómo llevó a cabo una obra admirable de progreso material y educacional y cómo inició la resolución de los grandes problemas estructurales de la nación: nacionalización de su minería, socialización del crédito y reorganización de la agricultura. Desgraciadamente, las fuerzas poseedoras nacionales y el imperialismo inglés lo derribaron e impidieron que Chile siguiera la línea de progreso y avance que venía experimentando desde 1833 y en la que Balmaceda representa su culminación.

Desde la caída del gran Balmaceda la tendencia al lucro a costa del patrimonio nacional y de la explotación de las grandes multitudes, el parasitismo, el derroche y la ostentación, los vicios infamantes (alcoholismo, juegos de azar, pillaje, prostitución), la malicia y el engaño, pasan a ser normas corrientes en las relaciones sociales y no las excepciones como ocurre en otros países. Tampoco existe la sanción moral para quienes delinquen y, por el contrario, con el tiempo se les aplaude y reverencia, porque fueron hábiles y listos. Francisco A. Encina ha señalado con mano maestra los aspectos negativos que predominan en la psicología económica del chileno, que si no son eliminados radicalmente no aseguran una perspectiva muy halagüeña para el

desenvolvimiento del país, sobre todo para un cambio profundo como el que debe experimentar, si quiere seguir jugando el rol importante que siempre ha desempeñado en América. En la misma forma el doctor Julio Valdés Cange anotó con extraordinaria valentía estos síntomas alarmantes de nuestra decadencia moral en sus «Cartas a don Pedro Montt» y en «Sinceridad, Chile íntimo en 1910», en uno de cuyos párrafos hace una acertada síntesis de ellos y que paso a reproducir: «Esta podredumbre interna no se manifiesta sino de cerca y al ojo experimentado; por eso, las naciones extranjeras siguen atribuyéndonos muchas de las cualidades que en otro tiempo nos adornaban, y nosotros mismos tratamos de engañarnos ensalzando con necia arrogancia las extraordinarias virtudes de nuestro pueblo y de nuestros hombres dirigentes... Arrullados por estas farsas y arrogancias pueriles nos adormecemos y nos contentamos con las apariencias de la grandeza y de la gloria. Nuestro pobre roto, entretanto, víctima de la ignorancia, del fanatismo y de la miseria, se embrutece cada día más en las tabernas y su raza degenera con una rapidez asombrosa que sólo los ciegos no pueden ver. Nuestra clase decente, cubierta de oropeles, vive una existencia frívola y llena de mentiras e hipocresías... Alardeamos de patriotismo, baladroneando cada vez que se ofrece, a voz en cuello, como cualquier perdonavidas: somos patrioterros y nada más, porque el espíritu cívico es una cosa tan rara que no se encuentra ni para ejemplo. Los que más hablan de patriotismo son cabalmente los que más explotan a la Patria. En esto pasa como en política: los que siempre llevan en los labios el nombre del pueblo son sus peores verdugos»...

En el presente los fenómenos fundamentales que aquejan a Chile son: atraso económico-social, derivado de la estructura semi-feudal y semi-colonial que impera, y decadencia moral, lo

que determina la existencia de clases sociales antagónicas y en permanente pugna (1).

Mientras la plutocracia domina el Estado y sus instituciones, disponiendo en parte decisiva de los poderes públicos, el pueblo yace mísero y utilizado únicamente como masa de maniobras políticas. La miseria, la especulación y la inoperancia para poner término a tan triste realidad, producen un desaliento y pesimismo grandes en los sectores sanos de la nacionalidad, mientras en todas las esferas y lugares se repite una misma y espantosa desmoralización. En todos los sectores el mismo afán de enriquecerse, no mediante la producción, o sea, por el esfuerzo constante, doloroso y creador, sino por el escamoteo de la riqueza ajena ya creada. En todas partes el mismo fraude descarado, la misma mentira e idéntica irresponsabilidad.

En las cimas de la sociedad burguesa y rica sale a la superficie el desenfreno por la satisfacción de los apetitos más mal-

(1) Carlos Vicuña, en su obra ya citada, traza un cuadro de la formación y características psicológicas de las clases sociales chilenas, muy interesante. Afirma que los trastornos que ha debido sufrir el país han sido ocasionados por la existencia y luchas de estas clases, separadas por barreras odiosas.

Vicuña estima que son tres las clases sociales que constituyen la comunidad nacional. La llamada aristocracia, formada por la fusión de los comerciantes y aventureros vascos con los vástagos más ricos y pudientes de los criollos primitivos, a la que han tendido a vincularse los togados, primero los venidos de España, como oidores y letras, y más tarde, infructuosamente, los que el estudio, la industria o la política, han hecho sobresalir. Se llaman asimismo «caballeros» o «gente de sociedad» o «de familia». La clase media formada en las ciudades con los descendientes venidos a menos de los antiguos conquistadores, empobrecidos por la ociosidad, amargados por la inferioridad social, avergonzados de su bastardía originaria, mordidos de ambición, roídos de envidias y rencores, pero fuertes, porfiados, tenaces y mareados de amor propio. Son designados por la aristocracia como «siúuticos». Pero esta clase no tiene caracteres tan uniformes, más que una clase es una vasta gama social, que va desde los confines superiores del pueblo bajo hasta el límite inferior de la aristocracia. En último lugar, el pueblo bajo, que vive

sanos y desordenados, que a cada paso chocan con sus mismas leyes, desenfreno en el cual por ley natural va a buscar su satisfacción la riqueza procedente del agio y el juego; desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en el que confluyen el dinero, el lodo y la sangre. Es así como la aristocracia del dinero lo mismo en sus métodos de adquisición que en sus placeres no es más que el renacimiento del lumpen-proletariado en las cumbres de la sociedad. Frente a las orgías desvergonzadas de los privilegiados, la perversión de los oprimidos y, en general, la lucha dura y amarga de todo el pueblo por los víveres más indispensables.

A causa de la permanente miseria, el pueblo sumido en los más bajos índices de vida y en los más espantosos vicios presenta una realidad que abisma.

Pareciera que la condición necesaria para el funcionamiento de nuestra democracia y para que el país pueda desenvol-

hoy día no sólo disperso en los campos sino también agrupado por migración progresiva en aldeas, villorrios y suburbios, adonde va en busca de mayor seguridad y de vida más fácil. Este pueblo viene en su casi totalidad del indio encomendado y del cruce de las indias y mestizos con los castellanos de la conquista y sus sucesores en el dominio del suelo. Es en los campos sumiso, triste, esforzado y huraño, hospitalario con el viajero, sobrio y sufrido. En su juventud es pendenciero, sobre todo si ha bebido, lo que es para él ineludible cuando quiere emocionarse; sólo con el trago se divierte y se entusiasma: asiste a reuniones y velorios, disipa sus penas, se enamora o platica la amistad. En las aldeas y suburbios se despeja y anima: se hace diligente y decididor, abandona la tristeza apática y cultiva su soberbia quisquillosa; el respeto humilde y resignado desaparece y el orgullo comprimido, por reacción violenta, estalla en tempestades de insolencia. Este elemento constituye el «roto», como lo llaman las demás clases sociales, esforzado y sagaz, trabajador e ingenioso, valiente y pendenciero, abnegado y generoso, ladrón y liberal, duro para el sufrimiento y despreciador de la muerte. Es curioso y andariego por curiosidad. Todo lo quiere ver por sus ojos «para que no le cuenten cuentos». Con tal afán recorre los continentes y los mares y pasea su desparpajo y su fraternidad entrañable por dondequiera que haya tierras habitadas.

verse bajo el régimen de «sufragio universal» es el predominio del vicio, y de la ignorancia. A causa de estas condiciones de explotación y pobreza se va formando al lado del obrero industrial, que más o menos subsiste con su salario, un lumpen-proletariado que se distingue claramente de él. Esta capa es un centro de reclutamiento para rateros y delincuentes de todas layas que viven de los despojos de la sociedad, gente sin profesión fija, vagabundos, gentes sin hogar. De ahí que para salvar al pueblo es preciso conocer su desgraciada situación económica y su estado moral tales como son: junto a la miseria del cuerpo la del alma; junto a los harapos del vestido y de los miasmas de la pocilga, que sirve de vivienda, los andrajos de los vicios y las emanaciones terribles de esa concupiscencia del tugurio. La miseria del pueblo es material y es, también, su podredumbre moral, de donde hay que atender a su salud física y a salvar su espíritu. Entre la aristocracia del dinero y el pueblo se extiende la vasta clase media, emprendedora y ambiciosa; pero, también, vegeta comida por una vanidad anti-pática e irracional, con su afán de fingir fortuna y gastar como si la tuviera, reflejo muchas veces de una corrupción estúpida que vende cuerpos y honras por el boato, por trapos y muebles costosos, por pieles, por objetos suntuarios y licores finos. Una pobreza real, con su corte de apuros, disimulos, esperanzas y desesperaciones es la realidad cotidiana de esta clase. En ella se forma el pequeño burgués charlatán, difuso y leguleyo, desvinculado de la producción y de todo trabajo creador, viviendo del excesivo comercio intermediario, del profesionalismo agobiador y de la burocracia inútil. Y, desgraciadamente, parece que ha impuesto su sello mediocre y mezquino a la sociedad actual. Constituyen una clase parasitaria por excelencia, cuyo ideal es una «pega» cualquiera y cuya realidad es la estrechez con su respectivo acompañamiento de pretensiones ridículas, de ambiente social cursi, de apuros positivos, grandes y constantes, de miserias caseras y de significar harturas que son ensueños. De

esta pobreza encopetada y ostentosa de la clase media surgen en afortunadas especulaciones los enriquecidos de última hora, que representan el dinero que se gasta mal, que se desperdicia en locuras y en tonterías, en sobornar a la virtud y levantar templos a la prostitución, juntándose al dinero de los bolsistas y agiotistas que se pierde por jugarse a espaldas de la ley, demasiado ancha y complaciente; el dinero que va y viene en especulaciones artificiales que nada tienen que ver con la natural circulación del capital en la vida de la riqueza. Con mucha razón el ensayista Benjamín Subercaseaux (en «Reportaje a mí mismo») ha escrito que si existen un par de causas legítimas que nos permiten explicarnos las dificultades de la economía nacional, son innumerables las artificiales provenientes del grave descenso moral que se advierte en el país. Industrias demasiado caras que persiguen ganancias demasiado crecidas, predominio de los chilenos de industria sobre los chilenos industriales; exceso de intermediarios que persiguen impunemente utilidades hasta del 200%; muchos comerciantes inescrupulosos enriquecidos con tal actitud; psicología económica basada en un afán de engaño y deslucro, de tal manera que a la industria nacional para que sea perfecta le falta rectitud de proceder, mercado exterior dirigido, obrero consciente de su deber y técnicamente capacitado.

Es patriótico descubrir estas verdades dolorosas para que el chileno otrora pujante, austero, sobrio y enérgico no siga como en la actualidad convertido en un individuo sensual, cómodo, flojo, derrochador y arribista que trata de levantarse aplastando a la inmensa mayoría de los miserables y olvidados. El chileno abdica su fe, su voluntad, todos sus motivos elevados de vivir en el alcoholismo, en las dispensadoras del placer y en la politiquería, semejando un pueblo viejo y liquidado.

Es necesario corregir estos defectos graves y es necesario devolver la fe al pueblo; terminar con ese sentido fácil de la vida que ahora predomina. Los que trabajan en el país constituyen apenas un tercio de la población y el resto vive a sus expensas.

Y de ese tercio que trabaja es preciso rebajar todavía a los burócratas inútiles, a los comerciantes especuladores y a los malos profesionales. Día a día aumentan los burócratas, los jubilados, los que se dedican a minúsculos comercios intermediarios o a explotar los vicios como sucede con las cantinas, bodegas de vinos y garitos.

Ha llegado el tiempo de que «los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco es hacerlo agrícola, minero, comercial o fabril, porque todas esas cosas son medios y no fines... El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes que hoy rigen a la sociedad y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la miseria y la ignorancia». Para lograr este criterio en los dirigentes es necesario que ellos sean verdaderamente estadistas y no políticos profesionales. Entre estos políticos predominan las superficialidades profundas y las nulidades solemnes, que se pasan años y años ocultando la taimada vaciedad de sus espíritus, por sus maniobras dudosas, por la gravedad de sus lugares comunes, por sus demagogias o por el empaque grave de sus cuerpos. En las diversas campañas electorales actúan como terribles Sansones dispuestos a remover los cimientos del país, pero al llegar a los Ministerios, Congreso o Presidencia, se convierten en simples y lamentables filisteos, ayudándose para realizar sus ínfimos trabajos de los viejos trapos de fregar que se llaman pomposamente a sí mismos «estadistas». Es por eso que tenemos el deber de impedir que simples politiqueros, que no poseen las cualidades y virtudes de la parte sana de la raza, puedan en un momento dado de su historia influir para que Chile parezca en el futuro diferente de lo que es en realidad...

Por otra parte, es decisivo que se emprenda una política económica nueva que contemple el reestructuramiento económico y social de Chile y que se verifique una reforma educacional

amplia, práctica y utilitaria, que exprese las nuevas realidades y aspiraciones del porvenir chileno y americano, de tal modo que la enseñanza en sus diversas ramas converja hacia la aportación de nuevos ideales económicos, sociales y morales. Si la educación es una función social ligada a la conservación y renovación de la vida de los pueblos es, pues, el mejor instrumento para construir las bases de una nacionalidad nueva. Y los objetivos esenciales para edificarla son los que se relacionan con la creación de un régimen de democracia social, extendiendo el ejercicio de la libertad, por medio de una amplia realización de la justicia social y, luego, darle una orientación económica, formar hábitos de trabajo y espíritu de empresa, afirmar sólidos valores éticos que permitan valorizar el territorio nacional, fomentar la cooperación, eliminar el parasitismo y crear la riqueza necesaria que consiga elevar el nivel material y espiritual del pueblo, recuperándose, de esta suerte, el empuje y austeridad de la raza, junto con la dignificación económica y social del magisterio, sector decisivo de nuestra comunidad y llamado a emprender y realizar dicha reforma.

Esta gigantesca tarea la podremos realizar si desde luego se inicia el trabajo, pues estimamos al igual que el historiador mexicano Carlos Pereira que «este pueblo cuya significación étnica y cuya energía le ha permitido desarrollarse dando a todas sus afirmaciones un sentido de originalidad, sabrá resolver nuevos problemas con fórmulas propias».